
SANTA MARIA DEL RIO, OJO CALIENTE Y GUANAJUATITO.

En una vasta extensión de terrenos áridos y tostados por el sol reverberante, en los que se enseñoera la triste familia de los cactus, como otros tantos seres expatriados de la metrópoli de la vegetación lozana y exuberante; después de vastas llanuras salpicadas como una inmensa venturina de nopales, mezquites, abrojos y sangre de drago, comienza el terreno á hacerse tortuoso á la presencia de mayores accidentes: altas montañas, más áridas aún que las llanuras, elevan sus lomos encrespados, como si esos monstruos de piedra hubiesen querido escaparse del fuego subterráneo, y favorecidos por un cataclismo inmemorial, hubiesen llegado á la superficie; la naturaleza, espantada de la conmoción, respetó aquellas masas gigantescas que ostentaban desnudassus crestones y sus grietas perpendiculares; los vientos fueron los primeros en acariciar á los monstruos y en llevarles en sus alas las emanaciones húmedas y las partículas de tierra vegetal, y como una muestra de confraternidad, aceptaron las rocas los vientos frescos de las praderas y se cubrieron en partes de manchas verdosas, y los líquenes ensayaban su tardío desarrollo sobre el granito; algunas grietas hicieron acopio de tierra vegetal, porque las corrientes de las lluvias la repartían en proporción, las aves y los vientos llevaron las primeras semillas y cada grieta fué el tiesto de un nopal ó un garambullo, de un

abrojo ó de una biznaga, y desde entonces pobremente engalanados los monstruos del abismo, son eternamente los muros protectores de Santa María del Río.

Caracoleando entre las faldas tortuosas de esas montañas se descende, y como si la naturaleza, á guisa de hembra, no quisiera descubrir de golpe los encantos de Santa María, trae al viajero á las vueltas y como en el noviazgo de la hospitalidad.

Poco antes de entrar al pueblo, se eleva á la izquierda del camino una capilla, á cuyos pies duermen los muertos.

La primera señal de vida de aquel pueblo es la muerte; dentro de aquel pueblo se vive, y cuando allí se cansa el hombre, sale á descansar afuera.

En Santa María del Río, primero está el río y después Santa María, topografía que en toda tierra querría decir: aquí hay un puente. Santa María se ha conformado con decir: aquí está el río; y como jamás ha tenido esta dulce población la pretensión de ser la tierra prometida, no se puede llegar á ella á pie enjuto.

El pedestre está de pie limpio, ó se queda fuera, y si viene mucha agua se sienta á cantar en la otra banda hasta que baja la corriente. Por fortuna el río es manso, el agua generalmente poca y los transeuntes sufridos, lo cual no quita algunos ahogados por año; pero por algo ha de haber sido inventado el refrán de que "el que no se arriesga no pasa el mar."

La prueba es que en 1540 Fray Diego de la Magdalena, fraile español que bien pudo haber conocido el refrán, conquistó á Santa María, como doctrinero, en unión de los caciques Juan de Santa María, Pedro de Granada y Alonso de Guzmán.

Los originarios de esta tierra son los huachichiles, de la misma raza de los chichimecas. Después de la conquista inmigraron en número considerable los othomíes, y desde entonces se formaron las dos parcialidades en que aún está dividida la población, distinguiéndose hoy en pueblo de Arriba y pueblo de Abajo. Los huachichiles, esclavos como toda la raza indígena, de sus tradiciones, sostienen todavía sus derechos con imperturbable constancia, al grado de que estándoles concedido desde 1728 el

uso del agua por semanas alternadas, para cederla á los othomíes concurren dos embajadas cada domingo al ponerse el sol, y los huachichiles entregan la agua á los othomíes y los othomíes reciben la agua de los huachichiles.

En 1811 aconteció que entre algunos entendidos huachichiles andaba el rum-rum de que los españoles necesitaban tener juntos á todos los indios para marcarlos con hierro ardiente, y al efecto debían ser convocados á oír la misa del señor Cura al día siguiente, por considerar la iglesia el mejor cepo. La tarde de la víspera se convocó al pueblo, según refiere la tradición, que nos ha sido revelada por un huachichil puro; pero al ponerse el sol, un tropel de jinetes puso en alarma á la población; eran los españoles que venían á hacerse fuertes á esta plaza; colocaron su artillería, y en breve se convirtió la pacífica población en un sitio de guerra: huachichiles y othomíes, según el cronista, permanecían impassibles ante el apresto extraño, cuando fuerzas enemigas aparecieron simultáneamente por ambos lados de la cañada, rodearon la población, advirtiendo á los indios que se pusieran en salvo; en efecto, éstos salieron en grandes masas á refugiarse fuera del pueblo y á poco se trabó el más sangriento de los combates: las fuerzas independientes venían al mando del lego Villerías, y con intrépido valor acometieron á los españoles, siendo fama que de aquí no salió ninguno.

Othomíes y huachichiles regresaron después del combate para sepultar á los muertos.

Perohasta sin puente se llega y se penetra en un extenso búcaro de árboles frutales. Santa María vive en una huerta; las casas y los árboles se mezclan en variada confusión, y casi no háy pared donde no se esté reclinando una higuera perezosa, que reparte por miles cada año sus dulces frutos. Los limeros asoman sus profusos follajes, coronado de azahares, sobre las tapias, y los árboles de ahucates se levantan majestuosos sobre los demás con la arrogancia de su fuerza y su corpulencia; el granado se entrelaza con los duraznos amarillos; y las parras y los plan-

tíos de camotes, de maíz y de legumbres, aprovechan los espacios que les dejan los árboles.

La iglesia, de forma antigua y pobre, se esconde detrás de un atrio bordado de fresnos, de naranjos y de cipreses, todos lozanos y frondosos, todos haciendo el papel que hace el rebozo de una mujer, medio encubriendo las facciones de la propietaria, tapando siempre la boca, algunas veces la nariz y un ojo, pero dejando siempre el otro descubierto: los árboles del atrio son el tapujo de la iglesia; le tapan á veces la puerta y la fachada, pero le dejan asomar el campanario.

El curioso tiene que írsele á las barbas á la fachada para conocerla.

Así vive Santa María, poco á poco, como sus vegetales. Con su poco de comercio, su poco de autoridades, su poco de rentas, su poco de agua, sus pocas de uvas, con las que se hace un poco de vino, que sería un poco más bueno si se le dejase embodegado un poco más de tiempo; y finalmente, con sus pocos habitantes, que no se dan prisa, porque poco les importa vivir aprisa, sino poco á poco.

El 15 de Agosto se da una poca de prisa, se espereza el 14, y se pone de fiesta; entonces baila un poco, come mucho y descansa otro año entre sus montañas. Parece que durante este año no piensa en nada, y los vivos de adentro no se diferencian de los muertos de afuera más que en que se mueven.

Una vez vino á despertar á este pueblo la civilización, trayendo en una mano el porvenir y el progreso y en otra una máquina de hilados; la industria traía desde muy lejos el producto de la ciencia, los desvelos de la mecánica, las combinaciones del arte y los descubrimientos del genio; al lado de la industria venía el bienestar, trayendo pan para los pobres, trabajo para los desvalidos; se pararon á la orilla del pueblo, y todos aquellos genios benéficos descubiertos ante la miseria y el hambre, pidieron no obstante con reverencia el permiso de impartirles todos sus bienes, colocándose cerca de la corriente del río.

Santa María bostezó y miró de reojo á los recién venidos, los oyó mudo, y no comprendiendo lo que decían los genios, buscó su intérprete para que les explicara la embajada extraña.

Saltó de entre todos un avisado, el leguleyo, el díscolo del pueblo, el oráculo, uno de tantos patriarcas que han quedado rezagados en el fango de los pueblos, como los sapos del retroceso y del fanatismo; reptiles sociales que forman la retaguardia del oscurantismo que va huyendo, y á los que la civilización en su carrera gloriosa tiene que aplastar con su locomotiva.

¡Atrás! dijo el leguleyo armado con la tradición y fomentando el espíritu conservador, legado á los indígenas por los virreyes de Nueva España; ¡atrás el usurpador de nuestros derechos! Esta agua es del pueblo, y sólo el pueblo puede beber agua. Es cierto que no nos la quitan, porque no se la pueden beber toda; pero que vayan á otra parte á beber agua. ¡Usurpación! grita el apóstol, y cada indígena despierta para empuñar un garrote; se forman oleadas de la multitud que acude, y las palabras *civilización*, *progreso*, *porvenir*, suenan en las masas como palabras cabalísticas y funestas, y ¡fuera! gritan frenéticos, ¡fuera los usurpadores! La civilización les vuelve el rostro, los genios huyen, la fruta sigue madurándose, el río sigue corriendo, y el pueblo vuelve á acostarse á la sombra de sus ahuacates, muy contento por no haberse dejado hacer un beneficio.

No hay lógica posible contra la barbarie.

Si pudiera hacerse especial el derecho colectivo de la humanidad contra los que se oponen al engrandecimiento humano, morirían en una horca afrentosa los díscolos de pueblo; la humanidad tendría derecho para inmolar como carneros á los leguleyos en el ara del progreso.

Santa María ha seguido durmiendo de año en año, no despertando más que para dar corridas de toros en Agosto.

Y Santa María podría ser una gran fábrica de vino, aguardientes y vinagres, podría ser repartidora de pasas y otras frutas secas, podría tener molinos y fábricas de hilados, podría ser feliz; pero no quiere.

Hace rebozos, pero esta industria la ejerce con la calma de la araña: se esconde un hombre en una pocilga, llevando consigo hilo y seda, é hilo por hilo hace un rebozo; al cabo de algunos meses lo vende más caro que cualquiera otra tela, y empieza otro; y hasta aquí la industria especial manufacturera de Santa María.

Se dan camotes, pero no se explota la fécula, sino que se venden nada más como golosina.

Se pasa la fruta, pero no se hace vinagre sino para el consumo de la población.

Se venden cien higos en tres centavos, pero no se conservan.

Santa María frugívora espera cada año, al pie de sus árboles, á que se caiga el fruto, y lo que come á reventar lo digiere en el año siguiente, y así vendrá á encontrarla nuestra quinta generación.

En abono de algunas personas activas y amantes del progreso, que han pretendido hacer adelantar esta población, diremos que existen los cimientos del puente comenzados hace veinte años, y que también hay un principio de presa, proyectada para surtir de agua abundante al vecindario.

No obstante, los esfuerzos de las autoridades y de los hombres emprendedores encuentran constantemente una rémora insuperable en la índole de los chichimecas y othomíes.

La naturaleza le ha dado gratis lugares tan hermosos como Guanajuatito y tan ricos como Ojo-Caliente, lugares ambos que no hemos podido menos de bosquejar en nuestro álbum de viaje.

Guanajuatito es la prolongación de la cañada en cuyo fondo está Santa María. Se sale del pueblo por callecitas formadas de huertas pintorescas y siempre verdes, y se asciende por las mismas faldas de las montañas seculares, que conservan por todos lados su aspecto sombrío y árido, contrastando con los remansos, las praderas, los cármenes y las vegas de sus faldas; este es el camino de Guanajuatito: se llega al pueblecito sin sentirlo, y cuando ya se ha elevado el terreno de las cuestas, se ve á lo lejos á Santa María, dormida entre sus árboles.

Más de cien personas formaban una risueña caravana, cabalgando en asnos y caracoleando por los vericuetos, los zarzales y las casitas que estrechan el camino, hasta que llegaron á una puerta desde la cual se descendía por una rampa hasta un vergel, en cuyo fondo se elevan árboles colosales tejiendo una bóveda de follaje por donde apenas penetra el sol; algunos viñedos y milpas se extienden al frente hasta tocar el río, bordado con una doble hilera de sauces; y después, otra vez la montaña aterida y triste, pero majestuosa.

Una orquesta nos esperaba, las jóvenes dejaron sus cabalgaduras y descendieron al vergel enlazadas con los galanes al compás de la danza.

Los dulces acentos de la orquesta y la presencia de aquellas jóvenes alegres y bulliciosas, completaban el cuadro en que la naturaleza se había encargado de preparar el salón de baile, decorado con esos frescos que en vano se afana el hombre por imitar.

A esta animación pasajera, parecía que los árboles se sonreían; y los habitantes de aquellas comarcas olvidadas del mundo, se creían sin duda bajo la impresión de un sueño extraño.

Antes de ponerse el sol, la cabalgata abandonó otra vez á su silencio las selvas, y la noche lo envolvió todo con su manto de terciopelo, al que el Ayuntamiento suele regalar en el centro de la población una que otra chispa con el pomposo título de alumbrado público.

Ojo-Caliente es otra cosa: es un verdadero lugarejo donde plugo á la madre naturaleza colocar, á la orilla de un río de agua fría, como todos, un ojo de agua caliente como pocos; agua que sin ser uno químico ni recurrir á más análisis que el del paladar, conoce que es potable y no tiene azufre; tan potable, que después de nivelada con la temperatura ordinaria, es la de uso común y de las más gustosas.

A principios de este siglo se edificaron dos bóvedas formando dos baños, que si bien podían ser mejores, son, sin embargo, agradabilísimos; la agua es completamente diáfana, y á un gra-

do de calor tan soportable como un baño tibio, templado al gusto. Hay una pequeña pieza anterior al cuarto del baño, el cual consiste en un cuadrilongo de ocho por cuatro varas y en el que se puede nadar; el piso es de arena un poco grosera, pero allí mismo hay otro manantial; la agua corre abundantemente á mezclarse con la del río, que aprovechan constantemente muchas personas para lavar y para bañarse.

A este baño se le atribuyen prodigios medicinales sin cuento; los indios lo consideran una panacea, y es probado que cura todas las enfermedades, menos la de piedra en la cabeza.

Este baño es muy de los huachichiles, y en él se bañan gratis los nativos de Santa María. Los de otras partes pagamos medio.

Las reflexiones que vienen naturalmente á las mientes, al admirar por un lado el beneficio de la naturaleza y por el otro la incuria y el abandono de los huachichiles, hacen desear que el gusto y la civilización moderna se apoderasen de aquel pintoresco lugar, para edificar unos baños que cubrieran todas las exigencias del *confort*, y que serían, á no dudarlo, el punto de reunión de las familias y un pretexto para una hermosa temporada de baños como las de otros países cultos.

JOSÉ T. DE CUÉLLAR.

LA ALHÓNDIGA DE GRANADITAS. GUANAJUATO.

El año de 1783 fué un año aciago para la Nueva España. A consecuencia de recias heladas caídas fuera de sazón y cuando los sembrados no pudieron resistirlas, quedaron perdidas las cosechas; escasearon los mantenimientos en una gran región, la gente infeliz tuvo que sustentarse hasta con objetos malsanos, y sobreviniendo la peste causó grave estrago en la multitud. El año 1783 es conocido en nuestra historia con el nombre funesto de *el año del hambre*.

El recuerdo de estos amargos padecimientos y la necesidad de poner coto á la codicia de los comerciantes que señalaban un precio excesivo á los granos, hizo concebir algunos años después, al intendente de la provincia de Guanajuato, D. José Antonio Riaño, el proyecto de formar una alhóndiga que pudiera contener maíz y harina suficientes para el consumo de la ciudad en un año, ya para la gente infeliz, ya para las innumerables caballerías empleadas en las labores de las minas. La idea encontró buena acogida en el Ayuntamiento de Guanajuato; se formaron el plano y presupuesto de la obra; se pidieron al superior las licencias necesarias, y lograda la autorización para gastar la cantidad de 218,306 pesos, se arbitró un fondo que principalmente se compuso del producto de dos reales por carga, que debía pagar cada una de maíz que fuera introducida en la ciudad.